

COLECCIÓN METRO 3



ABUNDANCIA Y FRUSTRACIÓN

Por una historia conceptual de la economía
en la modernidad latinoamericana (I)

Pablo Sánchez León



Post:Metropolis:Polis
(Lo que queda) después de

www.postmetropolis.com



Postmetropolis Editorial

Septiembre de 2015

Edición, corrección y maquetación: Pablo Sánchez León

Diseño de la portada: Álvaro Plaza Campillo y Nicolás Sánchez-Garrido Ruiz de Lobera

Logo de Postmetropolis: Paula García Arizcun

Tema de la portada: elaboración a partir de “El sueño” (1910) de Henri Rousseau (1844-1910), Museum of Modern Art (Nueva York), Google Cultural Institute, dominio público.

Referencia electrónica:

Pablo Sánchez León, *Abundancia y frustración. Por una historia conceptual de la economía en la modernidad latinoamericana (I)*, Madrid, Postmetropolis Editorial, 2015.

Puesto en línea el 15 de septiembre de 2015.

<<http://www.postmetropolis.com/textos/metro/MET0003>>

DOI: en proceso

Publicado anteriormente en Ediciones Contratiempo, en junio de 2014

Para Juan Pimentel, lector abundante sobre el Nuevo Mundo, viajero nunca frustrado por su naturaleza imaginada

Aquí pasaba a pie por estas calles, sin empleo ni puesto,/ y sin un peso./ Sólo poetas, putas y picados conocieron sus versos./ Nunca estuvo en el extranjero./ Estuvo preso./ Ahora está muerto./ No tiene ningún monumento./ Pero/ recordadle cuando tengáis puentes de concreto,/ grandes turbinas, tractores, plateados graneros,/ buenos gobiernos./ Porque él purificó en sus poemas el lenguaje de su pueblo/ en el que un día se escribirán los tratados de comercio,/ la Constitución, las cartas de amor, y los decretos.

(Cardenal, 1975, estrofa 1)

I.

Estos versos de Ernesto Cardenal, escritos en el fragor de la lucha contra la dictadura de Anastasio Somoza en la Nicaragua de mediados de los años setenta son un buen ejemplo de cómo la cultura moderna se muestra en ocasiones capaz de reflexionar sobre el poder demiúrgico y creativo de la palabra, poético en su sentido etimológico. Pero no abren esta presentación por ese motivo sino por el orden de

valores culturales que consciente o inconscientemente expresan. Cuando Cardenal pasa a enumerar las realizaciones del poeta al purificar con sus versos el lenguaje del pueblo, comienza por las grandes infraestructuras de la economía: puentes de concreto o cemento, grandes turbinas, tractores, metálicos graneros ... No hace falta ser un experto en la historia de América Latina para entender este verso como un *desideratum*, un horizonte de expectativa que equipara el progreso, la modernidad en suma, con la industrialización, la revolución de los transportes, el cambio tecnológico. El elenco de maquinaria industrial viene a funcionar como la metáfora de la modernidad imaginada.

Precisamente por lo alejado del terreno de la árida literatura económica o política, el texto permite aventurar que, en la cultura latinoamericana, la economía y sus realizaciones han ocupado un puesto bastante destacado en la imaginación colectiva. Como mínimo ha de servir como una forma de justificar que un diccionario de historia de los conceptos fundamentales de la modernidad en el mundo latino o iberoamericano no puede dejar de lado aquellos que tienen que ver con la esfera de la economía. Dejar las cosas así sería sin embargo abandonar la reflexión a la mitad, perdiendo la posibilidad de comprender plenamente el discurso que contienen estos versos. Pues esos tratados de comercio que aparecen mencionados no son textos estrictamente económicos sino también políticos, e implicados en actos políticos más amplios y ambiciosos de alta política internacional que afectan al destino colectivo de comunidades políticas enteras.

Como mínimo los versos de Cardenal recomiendan estudiar el lenguaje de la economía, no al margen ni a continuación, sino al mismo tiempo que el de la política. Esto, además de más riguroso en un sentido lógico o teórico, se muestra más adecuado desde una perspectiva histórica. Si hacemos caso a la manera en que la economía se ha contado su propia historia como ciencia tenemos que, en sus orígenes, la disciplina surgida durante la Ilustración se llamó con un nombre tan elocuente como "Economía Política", apelativo que no decayó en las culturas modernas occidentales al

menos hasta la llamada “síntesis neoclásica” de Alfred Marshall, a comienzos del siglo XX. Por tanto, al menos en el período comprendido entre mediados del siglo XVIII y la Primera Guerra Mundial, estudiar el discurso económico es analizar un conjunto de campos semánticos cargados de referencias a la política y lo político.

Si esto es así en general para todas las culturas modernas, lo es aún más en el caso de América Latina, considerada de manera unánime por expertos e intelectuales como el más importante laboratorio de la economía política o, por decirlo de otra manera, el espacio de la economía-mundo en el que más difícil ha sido establecer institucionalmente la distinción entre una esfera de la política y otra de la economía, distinción que es a la vez concebida como una de las cesuras fundacionales de la modernidad por autoridades como Marx o Polanyi (Wood, 1981). Según se admite ya sin necesidad de comprobación, en América Latina “la arena de la economía ha tendido a ser el objeto central de la política a un nivel no superado en otras partes del mundo” (Montecinos y Markof, 2000, 105); y esto no ha podido a su vez sino dejar una profunda huella en la producción intelectual latinoamericana: es igualmente ya una convención considerar que la llamada “teoría de la dependencia”, un conjunto de propuestas que entremezclan nociones y supuestos analíticos de la economía y la política, es “la contribución más importante de América Latina a la cultura moderna”. Esto vuelve el caso especialmente interesante, por extremo, para recomendar y abrir paso a una historia de los conceptos fundamentales de la economía en la modernidad. El tema, quiero decir, no interesa sólo al estudio del pasado latinoamericano sino a una historia de la modernidad volcada a una verdadera historización de sus categorías fundamentales de pensamiento.

El obstáculo para acometer esa historia de los conceptos fundamentales de la economía en América Latina es semejante, no obstante, a la ambición de la empresa. Pues no parece posible, como vemos, distinguirla con nitidez de otra historia, la de los conceptos fundamentales de la política moderna. Esta ha dado ya pasos importantes en los últimos años (Fernández Sebastián, 2009 y

2014), de manera que podría aprovecharse de los trabajos de ésta para iniciar su andadura. Y sin duda así habrá de ser pero, sin una reflexión previa que es la que justifica esta presentación, el riesgo de equivocarse el camino es grande. Pues para poder aprovechar no sólo la historia de los conceptos de la política latinoamericana ya en curso sino el vasto acerbo de investigaciones de historia del pensamiento económico y político de varias generaciones de estudiosos, es imprescindible primero determinar cuál es la relación entre las esferas semánticas de la economía y la política en dicha cultura moderna.

El poema de Cardenal debería hacernos reconsiderar una respuesta demasiado automática a esta cuestión. Pues incluso aunque el pensador nicaragüense hace referencia, además de a esa modernidad de fuentes de riqueza y grandes infraestructuras, a unos imprescindibles “buenos gobiernos”, en realidad está sugiriendo que la relación entre la economía y la política es de primacía de la primera sobre la segunda. Puede parecer una simple licencia poética, pero lo cierto es que el autor subraya claramente ese orden jerárquico cuando, al enumerar los textos que el lenguaje depurado del poeta permitirá elaborar, antepone los tratados de comercio nada menos que a una Constitución con mayúsculas, y cierra la enumeración haciendo referencia a los decretos —en general, entre los que habrá que incluir los que tratan sobre asuntos económicos—, que aparecen justo detrás de las cartas de amor, casi como en igualdad de rango.

Datos blandos como éste, pero asimismo otros fenómenos culturales de mucho más calado como la ya mencionada teoría de la dependencia, permiten poner en cuestión que la economía haya sido una esfera semántica subsidiaria de la política en América Latina a lo largo de la modernidad, incluso en cualquiera de sus etapas. Si adoptamos un enfoque prospectivo y contextual, incluso habría que reconsiderar que el siglo XIX haya sido el tiempo de la política, según reza el título del importante libro de Elias Palti (2007), sino más bien si acaso el de la economía política.

Abundancia y frustración

Esta última afirmación, que en realidad podría ser igualmente válida para toda la cultura del liberalismo occidental, parece haber tenido en América Latina una manifestación extrema. Cuando Paul Gootenberg analizó el pensamiento económico que acompañó el establecimiento de la economía de monoexportación basada en el guano en el Perú de la segunda mitad del siglo XIX, se topó con que entre los principales autores de obras de contenido económico de la época se encontraba la plana mayor de la clase política del país; y a la inversa: todos los grandes pensadores y agitadores políticos del periodo se habían preocupado por dejar por escrito su visión de la manera en que debía llevarse a cabo la promoción de la economía nacional, para lo cual hacían uso de un discurso económico bastante elaborado (Gootenberg, 1993). No menos importante es la constatación que hace Gootenberg de que, aunque finalmente se impuso un modelo económico que empobreció el país, esta literatura revela una riqueza y sutileza de planteamientos que desbanca cualquier pretensión de reducir la producción intelectual económica a mera proyección discursiva de los intereses de terratenientes y grandes exportadores, o a mera adecuación a las tendencias intelectuales y académicas de los países europeos.

Por consiguiente, al igual que ha venido sucediendo con el liberalismo político, una historia del pensamiento debidamente contextualizada permite establecer sinergias con una historia de los conceptos desligada de servidumbres respecto de esquemas convencionales de tipo centro-periferia. Ahora bien, si de lo que se trata es de comprender históricamente la relación entre economía y política en la cultura moderna latinoamericana, conviene por la misma razón no vincular sin más el estudio de los conceptos de la economía moderna latinoamericana a las conclusiones de los estudios sobre el liberalismo político latinoamericano; pues puede que todo el edificio filosófico-jurídico de este último dependiera de o remitiera a nociones y conceptos de economía tanto o más que a la inversa.

La alternativa es estudiar la historia de los conceptos de la economía acudiendo a sus propias fuentes teóricas y tradiciones originarias de lenguaje. De la misma manera que se ha ido produciendo una historia de los conceptos fundamentales de la política moderna por referencia a tradiciones de lenguaje político-constitucional situados entre la filosofía y el derecho durante la Edad Moderna, asimismo la ciencia de la economía —o, siendo más rigurosos con los trazos que nos llegan del pasado, de la Economía Política— se configuró también a partir de tradiciones de pensamiento procedentes de diversos campos, especialmente la filosofía moral, pero asimismo la aritmética política, el cameralismo, y otros englobables en una categoría ajena a nuestra cultura moderna como la llamada *oeconómica* (Young, 1997; Perlman y McCann Jr, 1998, 137-150; Tribe, 1995; Brunner, 1976; Agamben, 2008).

En última instancia, lo que hizo que la economía pudiera pasar a la categoría de ciencia fue su vinculación con un concepto en concreto, el de escasez. Es desde aquí desde donde ha de partir también una historia conceptual de la economía en la cultura latinoamericana: es decir, se trata de comprender de qué manera ha quedado imbricado el concepto de escasez con la cultura política y económica de la modernidad en América Latina.

Por un lado, tal y como suele suceder con todo concepto bien arraigado en una cultura, el de escasez está infra-desarrollado como objeto de estudio: ni es en general objeto de atención entre economistas ni menos entre los historiadores del pensamiento económico. Carecemos de una tradición de estudios sobre este concepto en sus usos discursivos desde su acuñación como base de la ciencia económica. Esto hay seguramente que achacarlo a que

la perspectiva de la escasez posee un monopolio casi absoluto en la economía ortodoxa y académica. De hecho la economía se enseña asumiendo que se trata de la ciencia de la escasez, y de manera más concreta la disciplina es normalmente definida en los libros de texto

Abundancia y frustración

como la ciencia que estudia la asignación de recursos limitados para satisfacer deseos humanos ilimitados” (Peach y Dugger, 2006, 694).

Por otro, en tanto que término acuñado en la época de la Ilustración, escasez es un concepto inseparable de otro con el que conforma una típica dicotomía propia de la modernidad: el concepto de abundancia. Abundancia es, en otras palabras, el contra-concepto de escasez (Peach y Dugger, 2009).

Pues bien, no hace falta ser ningún experto en economía ni en historia para apreciar que Latinoamérica es convencionalmente considerada un territorio cuya naturaleza es más bien abundante que escasa en recursos potencialmente utilizables para la producción de riqueza. De hecho, tal y como ha sido planteado, la colonización hispánica construyó una visión del Nuevo Mundo como un espacio desbordante en recursos naturales, conspicuamente feraz (Cañizares-Esguerra, 2008). En efecto, la noción de abundancia aplicada a la naturaleza aparece en la cultura occidental vinculada a la justificación de la conquista y colonización por parte de españoles y portugueses desde el siglo XVI. Por poner un ejemplo, en su *Historia natural y moral de las Indias*, José de Acosta afirma que

es cosa de alta consideración que la sabiduría del eterno Señor quisiese enriquecer las tierras del mundo más apartadas y habitadas de gente menos política, y allí pusiese la mayor abundancia de minas que jamás hubo, para con esto convidar a los hombres a buscar aquellas tierras, y tenerlas, y de camino comunicar su religión y culto del verdadero Dios a los que no le conocían (...) Hay pues en las Indias occidentales gran copia de minas, y haylas de todos los metales, de cobre, de hierro, de plomo, de estaño, de azogue, de plata, de oro (Acosta, 1590, Libro IV, cap. 2).

Como puede apreciarse, este imaginario de feracidad natural nace ya connotado políticamente, pues la distribución de la riqueza por la mano divina se produce de manera desigual no sólo en sentido territorial sino civilizatorio, y es esto lo que justifica la conquista como medio para garantizar la conversión de los indígenas. No sólo

la política, por consiguiente, sino también el derecho, serían desde sus orígenes inseparables del discurso colonial sobre la naturaleza abundante. Debemos en este mismo sentido a la neoescolástica española una legitimación de la expropiación de los derechos de propiedad de los indígenas colonizados por medio de la imagen de unos sujetos menores de edad necesitados de tutela y educación, lo cual justificaba que se les negase el acceso al pleno disfrute de los recursos de sus territorios (Pagden, 1987). Pues bien: esta misma literatura traía consigo otras representaciones tan complementarias como funcionales a la explotación de las riquezas naturales de las Indias por parte de los conquistadores, como es el caso de aquella que presentaba la América colonial como una hija poco agraciada que, sin embargo, contaba con una buena dote para asegurarse el matrimonio:

lo que hace un padre con una hija fea para casarla, que es darle mucha dote, eso había hecho Dios con aquella tierra tan trabajosa, de darle mucha riqueza de minas, para con este medio hallase quien la quisiese” (Acosta, 1590, Libro IV, cap. 2).

Podría pensarse que este es un lenguaje poco elaborado que nos devuelve a un estadio anterior a los procesos de conceptualización modernos propiamente dichos: al fin y al cabo se trata de metáforas, recursos retóricos que de alguna manera se sitúan en un plano inferior respecto de los conceptos (Palti, 2011). No hay que perder de vista, sin embargo, que estas metáforas venían a dar entidad a maravillas y rarezas que, de nuevo en palabras de Acosta, “se salen de la Filosofía antiguamente recibida y platicada” (Acosta, 1590, proemio al lector), parcelas de la realidad, en fin, con las que “no atinaron (...) los más aventajados maestros [del pensamiento] entre los antiguos” (1590, Libro III, cap. 1). Para apropiarse culturalmente de esta desbordante naturaleza hacía falta un tipo nuevo de lenguaje y de actitud ante el conocimiento. De hecho, incluso las interpretaciones más críticas con la idea de una “revolución científica” en el siglo XVII asumen que la retórica moderna de la

Abundancia y frustración

observación y su método tendría por primer objetivo dar nombre, clasificar y explicar las maravillas del Nuevo Mundo (Shapin, 2000). No hay duda de que con este lenguaje llegaba una ambición de abarcar, de reducir a términos conocidos, en última instancia de apropiación simbólica y cognoscitivamente tanto como jurídica y económicamente, los recursos naturales del Nuevo Mundo:

son muchas más las [minas] que están por descubrir que las descubiertas, y aun parece que toda la tierra está como sembrada de estos metales más que ninguna otra que se sepa al presente en el mundo ni que en lo pasado se haya escrito (Acosta, 1590, Libro IV, cap. 2).

El estudio de cómo esas imágenes sobre la naturaleza fueron con el tiempo adaptadas a la retórica de la ciencia, quedando a su vez insertas primero en la llamada economía política y después en la economía a secas, debería formar parte de una historia de los conceptos fundamentales de la cultura en América Latina. Pero incluso sin necesidad de culminar y antes de dar inicio a ese proyecto es posible ofrecer una hipótesis acerca de las especificidades que esa historia contendrá necesariamente en el caso de América Latina. Pues, si es cierto que lo que definió el Nuevo Mundo desde la época colonial fue que su apropiación semántica y material, epistemológica tanto como política, se efectuó a partir de la imagen convencional de una naturaleza abundante, entonces estamos ante una trayectoria completamente singular y altamente compleja en el terreno del pensamiento económico: a saber, la destilación de una ciencia de la economía en buena medida a contrapelo de la del resto del mundo moderno, fundada ésta como estuvo sobre el concepto de escasez.

La tesis que se sostiene en estas páginas es que justamente esta tensión entre la necesidad de construir una ciencia de la economía como parte del proceso de modernización de las culturas políticas de la América poscolonial, y la persistencia de un sustrato de imágenes y representaciones de la naturaleza como abundante, es lo que caracteriza y domina el proceso de conceptualización del lenguaje de la economía en la historia de Latinoamérica, y funciona como el

motor fundamental de la producción discursiva en su totalidad, afectando radicalmente al desarrollo institucional, la movilización política y los conflictos sociales en el largo plazo.

No hace falta tampoco darle muchas vueltas para entender que la construcción de un discurso de la economía sobre un sustrato de representaciones de la naturaleza como abundante tiene algo de inversión especular del proceso histórico experimentado por el mundo europeo occidental. Cuando menos, según afirman los pocos expertos en la compleja relación entre abundancia y escasez, “ver el mundo desde la perspectiva de la abundancia lleva a estudiar problemas de índole muy diferente” respecto de cuando el mundo es visto desde la perspectiva de la escasez (Peach y Dugger, 2006, 694). Este texto intenta esbozar algunos de esos problemas y cuestiones surgidas a partir del imaginario de la naturaleza como abundante, y apunta hacia cómo quedaron plasmados en el contexto de la construcción de la economía como ciencia en la modernidad latinoamericana. El proyecto es ambicioso y sin duda desborda con creces estas páginas, pero habrá logrado su objetivo si consigue contribuir a evitar que el estudio de la historia de los conceptos quede en este terreno crucial de la economía política reducido a conocimiento por agregación y añadidura de nuevos términos a un diccionario.

II.

La hipótesis arriba esbozada se apoya en un supuesto que por suerte apenas necesita demostración: esto es, el hecho de que esas representaciones de la naturaleza como abundante, incluso desbordante, han acompañado en América Latina también la construcción de la modernidad poscolonial. Por poner un ejemplo entre una literatura en sí misma también desbordante, un ensayo de la década de los años sesenta ya del siglo XX presenta así el espectáculo de la bajada de los Andes hacia la selva:

Abundancia y frustración

Antes y después del espinazo [de la cordillera andina], la planicie, la enorme planicie del bajío húmedo, cubierto de selva, tórrido, sudoroso de vapor y neblinas. La jungla, el infierno verde. Más que en esmeralda, la verdura se torna éxtasis inmutable en aquellas selvas: por troncos, ramas, hojas, vasos y tubos capilares circula el jugo ardiente, ascendente de una tierra prolífica, inagotable, siempre renovada por la bendición de los ríos. En estas dos planicies hay un círculo vicioso: la humedad que crea la selva y la selva que crea la humedad. En total: una pujante verdura, potencia germinal capaz de todo, hasta de matar la vida, en esa lucha sórdida, no visible, espantosa que en las selvas tórridas libran el principio con el fin, a cada instante (Cevallos García, 1960, 22).

Al final de estas páginas volveré sobre esa naturaleza que tiene algo de vicioso o viciado y capaz de matar la vida, afectando moralmente a quienes habitan en su entorno. Por el momento confirmar que el mito de la abundancia se extiende mucho más allá de su momento de acuñación en la época colonial y llega hasta las puertas de nuestro presente. Incluso puede decirse que aumenta con el tiempo. Una obra como esta de Cevallos es una reunión de descripciones líricas y dramáticas para un público amplio y con un denominador común: la loa a la feracidad latinoamericana, en este caso representada por Ecuador, tierra con una exuberancia que se considera dada de manera natural, transmitida por encima de la historia, consustancial y constitutiva de la geografía y la climatología de la región.¹

Lo que nos permite ahora, ya en el siglo XXI, abordar la historia de los conceptos de la economía política latinoamericana es precisamente la crisis de esa concepción intemporal, ahistórica,

¹ “¿Se quiere un dato sobre la riqueza de la fauna? Pues helo aquí: de las ciento cuarenta y ocho variedades de colibrís que se han catalogado -no respondo del dato con exactitud, pues no soy ornitólogo- en el país [Ecuador] se han recogido ciento veintisiete (...) ¿Se quiere ahora un dato sobre la riqueza de la flora? Pues bien, no hablaré de los helechos arborescentes, de los troncos inabarcables entre cuatro y seis personas, de la multitud de especies que abrumaron la paciencia de los sabios naturalistas del siglo XVIII, del siglo XIX y hasta del siglo XX. No. Hablaré de algo más jugoso y sustancial. Gracias a la conjunción de la torridez con el frío, y a la presencia de muchas alturas intermedias, gracias a los valles semitórridos y a las hondonadas interandinas, el Ecuador es uno de los países donde la fruta se da con más opulencia, en cantidades y en variedades innumerables” (Cevallos García, 1960, 2).

basada en el sentido común, en la convención compartida, de la idea de abundancia. Pues hoy tampoco nadie puede razonablemente creer que existen recursos inagotables, desbordantes, sobre la tierra, al tiempo que hay una creciente valoración negativa de la sobreexplotación de la naturaleza. Podemos incluso datar esa emergencia de una conciencia de superación crítica de la explotación ilimitada para los recursos naturales. Esta puede situarse en el lapso entre dos hitos separados apenas por una década. De un lado, la conferencia de apertura del XIV período de sesiones de la CEPAL en 1971 a cargo de Salvador Allende, presidente electo de Chile, en cuyo discurso domina una visión productivista y suficiente de los recursos naturaleza: “Sólo con cambios estructurales de fondo, como la Reforma Agraria, la nacionalización de las riquezas básicas y la Banca, la reforma de las instituciones políticas, la reestructuración industrial, se logrará captar y movilizar mejor los excedentes económicos, orientándolos hacia un desarrollo planificado para satisfacer las necesidades básicas de toda la población” (Allende, 1971, 63). Del otro, el discurso del poeta-activista Ernesto Cardenal en 1982, con los sandinistas ya en el poder en el estado más pobre pero seguramente uno de los “ricos” ecológicamente hablando de la América central y meridional, para quien el cambio social afecta a las formas de observar y valorar una naturaleza explotada: “no sólo los humanos deseaban la liberación. Toda la ecología la reclamaba. La revolución es también para los lagos, ríos, árboles y animales” (*cit. par.* Faber, 1992, 150).

De la mano de este radical cambio de énfasis producido a lo largo de los años setenta del siglo XX, de una visión de la naturaleza como recurso pasivo al servicio de las necesidades humanas a la de un sujeto activo casi portador de derechos, se ha ido llegando a asumir que, al igual que en el resto del planeta, el impacto humano sobre el medio natural en los Andes o la selva viene de muy atrás (Robertson, 2007). Hoy día se acepta que algunos de los paisajes más singulares y aparentemente sobrehumanos del subcontinente son en realidad producto de la intervención humana (Miller, 2007; Gade, 1999). Para el asunto que nos toca interesa señalar que con estas

tendencias interpretativas hacen aparición nuevas disciplinas o subdisciplinas, como la etno-biología o la ecología histórica (Zimmerer, 1996). De ellas nos importa especialmente una incipiente *ecología cultural histórica* que incorpora la representación de la naturaleza al centro de la construcción de estructuras ecológico-económicas más o menos estables en el tiempo (Hielbroner y Milberg, 1995). Esta emergente interdisciplinaria indica que la historia de los conceptos fundamentales de la economía moderna en América Latina que necesitamos ha de ir más allá del diálogo con la historia del pensamiento político, incluso de la historia política, debiendo también incorporar otros desarrollos procedentes de campos como la ecología, la sociología o la antropología.

Pues con la crisis ecológica llega también todo un cambio epistemológico, el cuestionamiento de la fractura más elemental de la modernidad, entre naturaleza y cultura, dicotomía fundadora de la Ilustración. Una alternativa está en la concepción híbrida de la realidad social, y más aún en propuestas como la de Bruno Latour (2007), quien entiende que las representaciones dicotómicas mismas son parte de esas hibridaciones de la realidad producidas en cada contexto histórico dentro de la modernidad. En realidad, como bien dejó planteado Polanyi y ahora ha retomado la economía institucional, escasez y abundancia son conceptos no sólo relativos sino culturalmente mediados: lo que se produce por medio de su inclusión en el discurso es la proliferación de mitos, mitos que reclaman un análisis crítico.

Entre estos mitos destaca uno bien arraigado en la cultura occidental, y con el que se ha justificado la apropiación y explotación de los recursos naturales de América: el mito de lo prístino, lo primigenio y original, de la edad de oro de la naturaleza antes del impacto humano (Denevan, 1992). Pero no necesitamos ir mito a mito deshaciendo convenciones y lugares comunes. Basta con afirmar que conceptos como abundancia o escasez no revelan ninguna realidad sino que la construyen, pues precisamente en tanto que conceptos tienen una poderosa dimensión de tecnología semántica, de producción de significado. Es lo que Reinhart

Koselleck (1993) denominó “espacio de experiencia” de los conceptos, un atributo capaz de favorecer la institucionalización de percepciones colectivas de la realidad y de influir decisivamente sobre los marcos de acción social e intervención sobre dicha realidad.

Lo que define el espacio de experiencia de conceptos como escasez y abundancia es el hecho de que desde sus orígenes hayan sido recurrentemente conjugados como palabras que remiten a realidades intemporales, dadas. Y a su vez que hayan quedado insertos en el bagaje conceptual de la economía, disciplina que se ha revelado en el tiempo como la menos sensible a la historización de sus propias categorías (Sánchez León e Izquierdo Martín, 2002). En lugar de dejarnos seducir aquí por la retórica de la economía como ciencia, hemos de hacer con ella lo mismo que viene sucediendo con otras disciplinas clásicas de pretensión científica, aprovechando en este caso la creciente literatura que se esfuerza por mostrarnos que también el de la economía es un discurso convencional cargado de apriorismos y valoración (McCloskey, 1990). Una historia de los conceptos debería contribuir de manera crucial a esta tarea crítica, lo cual pasa por subrayar que el concepto de abundancia también tiene su historia.

A la hora de reconstruir ésta, no se trata sin embargo de ceñirnos a este concepto. Nos falta ubicarlo a su vez en el espacio de las estructuras de significado nacionales, favorecidas por idiomas dominantes comunes como el castellano o el portugués a lo largo de la modernidad latinoamericana. Pues en tanto que concepto que es, el de abundancia produce también todo un “horizonte de expectativa” que condiciona de manera no siempre consciente los procesos culturales, sociales e institucionales a escala colectiva e individual (Koselleck, 1993). En efecto, esta imagen convencional, en apariencia evidente en sí misma, de la naturaleza abundante parece haber funcionado como lo que Koselleck denominó —al hablar del concepto de revolución— una suerte de colectivo singular (1993b), un metaconcepto —en este caso más bien una *metáfora metaconceptual*— cuya referencialidad se proyecta sobre muchos otros campos semánticos, no sólo de la economía sino de otras

ciencias sociales modernas. Cuando menos parece que esta perspectiva da sentido al surgimiento de la economía política poscolonial.

III.

Los orígenes de la abundancia como imagen a la vez omnipresente y ahistórica están en el discurso colonial hispano y por extensión occidental; es decir, son herencia de una etapa anterior a los procesos de conceptualización y el desarrollo del pensamiento científico. El libro de Jorge Cañizares-Esguerra (2008) ha llamado la atención acerca de lo arraigado de las concepciones que identificaban el Nuevo Mundo con un espacio feraz y exuberante, así como de las cargas valorativas que lo acompañaban. Su trabajo se detiene, sin embargo, justo cuando estaba surgiendo una ciencia de la Economía Política, la cual asistiría también a un proceso de adopción y adaptación a la cultura colonial hispana. Sabemos así por ejemplo de la inserción del lenguaje de la filosofía moral y sus conceptos esenciales relacionados con el sujeto —fundamento del *homo economicus*— en la cultura novohispana tardocolonial (Covarrubias, 2005): individuo, interés, utilidad, riqueza, industria, son palabras que se conjugan habitualmente en la tratadística desde mediados del siglo XVIII, inaugurando un diccionario de conceptos fundamentales de la economía que tendría su continuidad en el período poscolonial.

El salto cualitativo, en forma casi de vórtice o catástrofe en este terreno lo dará la influyente y rompedora obra de Alexander von Humboldt. En ella se consagra una nueva manera de apropiarse de la naturaleza americana que refleja el cambio de paradigma del conocimiento que supone la modernidad. La ambición del referencial *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España* consiste en reducir toda esa inmensidad ya reconocida y admitida por multitud de libros de viajeros a un conjunto de medidas, a escala, a estadística en última instancia, como precondition necesaria de su posible traducción en riqueza (Patt, 1992). Saber, por ejemplo, “cuánto se multiplicaba la cantidad de trigo plantada” pasaba así a

ser “uno de los elementos primarios de la prosperidad de las naciones” (Humboldt, 2002 [1810], 243). La geografía se vuelve inseparable de esa ciencia de la Economía Política en desarrollo, no sólo en su sentido formal sino sustantivo, con el estudio del clima, los suelos y las variedades de plantas y animales, etc.

Todo el rigor clasificatorio y estadístico de esta obra está por consiguiente puesto al servicio de la consagración de la abundancia como rasgo esencial y distintivo del Nuevo Mundo camino de su emancipación. “En el Viejo Mundo, las naciones y las distinciones de sus civilizaciones conforman los principales puntos del paisaje; en el Nuevo Mundo, el hombre y sus producciones prácticamente desaparecen ante el inmenso despliegue de la salvaje y gigantesca naturaleza” (Humboldt [1814] *cit. par.* Patt, 1992, 109). La abundancia pasa a ser definida de forma definitiva desde el lenguaje de la ciencia, incorporada a éste como rasgo que insta a un ambicioso proyecto de reducirla a confines conocidos, a conocimiento útil, instrumental. “De acuerdo con el orden de las cosas establecidas por la naturaleza” —dice Humboldt— “virtualmente no existe nada en el resto del mundo que no se pueda cultivar en alguna parte de la Nueva España” (Patt, 236).

Ecología y economía caminan de la mano, algo que en principio no es de extrañar pues, aunque solemos olvidarlo, hasta bien entrado el siglo XIX, “el dominio de lo natural y el de lo económico eran uno mismo” (Schabas, 2005, 5): la economía no dejaba de ser una de las formas y derivaciones de la historia natural. En este caso, la singularidad de dicha historia residía en el peso constante de la abundancia natural. Ello permitiría para empezar un *aggiornamento* con la principal corriente francesa de pensamiento económico, la fisiocracia, con su confianza en los recursos naturales bien explotados como fuente de riqueza, y que no por casualidad constituye una línea de discurso que acompaña de cerca la lucha por la emancipación colonial, según pone de manifiesto el notorio ejemplo de Manuel Belgrano en el Río de la Plata (Lluch, 1984; Fernández López y Orellana, 2000).

Abundancia y frustración

Ahora bien, conviene señalar aquí que la funcionalidad de esta retórica de la feracidad potencialmente reducible a riqueza tendría a corto plazo menos rendimientos sobre las políticas económicas que sobre los discursos políticos de la emancipación. Así, en una *Memoria de los abonos, cultivos y beneficios que necesitan los diversos valles de la provincia de Caracas para la plantación de café*, escrito en 1809 pero sólo publicado en 1833, su autor —“un patriota que se interesa en la prosperidad de la agricultura”—, tras una loa a la agricultura como fuente fundamental de riqueza afirma que el “dilatado, vasto y pingüe terreno” de la provincia de Caracas “proporciona a sus habitantes cuanto pueden necesitar para vivir sin tener que mendigar ningún artículo europeo ni asiático; produce además diferentes frutos preciosos de extracción que ningún país de América reúne” (Anónimo, 1833, 6).

Esta autosuficiencia tendría con rapidez una doble lectura, política antes incluso que económica. Estaba presente en textos coetáneos de fray Melchor de Talamantes, quien consideraba que la primera fundamentación de la independencia se producía cuando “las colonias se bastan a sí mismas (...) con que si las colonias no tienen necesidad alguna de las metrópolis, pueden legítimamente hacerse libres e independientes”, siendo el caso que podía haber colonias que incluso excedieran a sus metrópolis en riqueza y poder (Talamantes, 1808, 212). Escrito en prisión, este texto en realidad funcionaba como una refutación de la posibilidad de emancipación para las colonias. Pronto, sin embargo, fue adoptado por otros como fray Servando Teresa de Mier (1944) con fines muy distintos.

De hecho la llamada “Carta de Jamaica” (Bolívar, 1815), uno de los textos fundacionales y programáticos de la América poscolonial, es incomprensible sin el sustrato de una representación de la naturaleza como abundante que condiciona la manera en que el caudillo e intelectual libertador recepciona el pensamiento de la Ilustración atlántica y elabora con él un discurso distintivo y original. La singularidad de lo americano reside para Bolívar en que los americanos no son una nación sino “un mundo aparte” que contiene todo “un pequeño género humano”, y esto es así por

razones geográficas tanto como por la vastedad del medio natural en el que se desenvuelven. Dicha geografía hace incluso que no pueda aplicársele el conocimiento heredado sobre las formas de gobierno ya que, según dice, “por su posición física” en América son virtualmente posibles todas las combinaciones constitucionales que ha dado la historia. El destino de la América poscolonial es por ello mismo contingente, abierto, en razón de sus condiciones naturales.

Con todo, el libertador se aventura a imaginar un posible futuro. Lo hace desde una interpretación en clave republicana del pasado y el presente coloniales que presenta a los americanos como sujetos pasivos excepcionales en el panorama de las civilizaciones, ni directamente sojuzgados ni dotados de un mínimo de autogobierno, y por ello incapaces siquiera de experimentar la tiranía imperial, “abstraídos”, dice, de la condición de ciudadanos y del resto del mundo. Pero si esta situación resulta moralmente inadmisibile, ello se debe a razones que incorporan en primer plano el imaginario sobre la naturaleza: “Pretender que un país tan felizmente constituido, extenso, rico y populoso, sea meramente pasivo, ¿no es un ultraje y una violación de los derechos de la humanidad?”².

Con este aldabonazo, el campo semántico de la abundancia se inserta decisivamente también en la modernidad política de América. Reunidas en un mismo concepto, estas dos dimensiones, económica y política, abren todo un horizonte de expectativa que podemos sintetizar en el mito de que, una vez debidamente apropiada, la naturaleza se convertiría de manera necesaria y casi automática en riqueza.

Desde ese mito, lo único que hacía falta era establecer las condiciones institucionales para hacer la expectativa realidad. Aunque sin duda las nuevas elites políticas tendrían que luchar contra los intereses constituidos de los sectores criollos más

² La misma confluencia entre el lenguaje republicano y el mito de la abundancia se plasma al vislumbrar el posible futuro derivado de una derrota del movimiento por la emancipación: “¿Quiere Ud. saber cuál es nuestro destino [si fracasa la emancipación]? Los campos para cultivar el añil, la grana, el cacao y el algodón, las llanuras solitarias para criar ganados, los desiertos para cazar las bestias feroces, las entrañas de la tierra para excavar el oro que no puede saciar a esa nación avarienta”, en referencia a España.

vinculados al tinglado comercial colonial, el problema distintivo de las antiguas colonias hispanas fue pronto otro, derivado de esa representación crecientemente mitificada de la naturaleza como abundante. En principio, los líderes de los nuevos estados independientes podían aprovecharse de una ciencia de la Economía Política que terminaba justo entonces de ponerse de largo con la obra de autores que como Ricardo y Stuart Mill cerraban el elenco de pensadores económicos clásicos. Sin embargo, pronto la economía política de las nuevas repúblicas comenzó a mostrar signos de una evolución *sui generis*.

Para empezar, esa imagen de una riqueza territorial natural no se adaptaba tan perfectamente a la noción de ventaja comparativa de la economía clásica anglosajona como los tratados europeos asumían. “El vasto reino de la Nueva España”, había vaticinado Humboldt, “si se cultiva bien, producirá todo lo que el resto del mundo desea: azúcar, grana cochinilla, cacao, algodón, café, trigo, linaza, seda, aceites y vino. Proveerá de todos los metales, sin excluir el mercurio” (Humboldt, 2010, 30). Afirmaciones como ésta, que parecían negar la necesidad de optar por la especialización, bien en la minería o en la agricultura, complicarían de una manera inusual el marco de las disputas entre grupos de interés organizados. Pero independientemente de la orientación final del fomento económico, el modelo de exportación dominante vendría acompañado de reducciones semánticas en conceptos clave, como muestra el ejemplo del término “industria”, identificado con la extracción minera y el ingenio agrícola, es decir, con la producción de materias primas para el comercio internacional, no su transformación.

Pero el problema mayor vendría de la creciente desconfianza hacia la economía clásica y sus postulados, considerados abstractos, teóricos en demasía y no bien adecuados al contexto en el que se buscaban aplicar. Sin llegar a confrontarla abiertamente siempre, a su lado surgiría una literatura que resaltaba la relevancia del marco institucional y territorial del estado y la hacienda con un especial hincapié en la estadística. La terminología relacionada con la renta y el impuesto, el crédito y el dinero líquido pasaba en ella a un primer

plano, desvirtuando la separación entre producción, distribución y consumo de los tratados de economía clásica (Covarrubias, 2005). Con esta jerga hecha discurso se abría de paso la puerta a una reacomodación de viejos lenguajes y tradiciones heredados de la experiencia colonial centrados en la dualidad estorbos/fomento, así como a la comunicación con autores españoles contemporáneos, desde Canga Argüelles a Ramón de la Sagra.

Un buen ejemplo para el caso mexicano lo tenemos en autores como Ortiz de Ayala, que escribió en la década de 1820 un tratado que revela la posición ocupada por el mito de la abundancia en el interior de este enfoque. Arranca éste su libro con un apartado sobre “El medio geográfico” en el que se nos dice que “[l]a construcción extraordinaria y singular de este país incomparable ofrece de golpe a pequeñas distancias todos los climas del globo, y por su configuración una naturaleza majestuosa, imponente y agradable” (Ortiz de Ayala, 1991 [1822], 10). Visto así, bastaba en fin con “una mediana dedicación al trabajo” para convertir esa naturaleza en riqueza (Ortiz de Ayala, 281). Los sectores en los que había que incidir con políticas e inversiones eran más bien el transporte, las comunicaciones interiores y exteriores “sin cuyas disposiciones la riqueza y productos de los pueblos no contribuyen sino muy limitadamente a la civilización y prosperidad pública” (Ortiz de Ayala, 382). “El encadenamiento y liga de los caminos interiores con los canales fluviales”, aseguraba Ortiz de Ayala —y con él otros autores tan lejanos en el espacio y posteriores en el tiempo como el argentino Juan Bautista Alberdi—, “no parece ser ni difícil ni costosa” (Ortiz de Ayala, 385). Tal y como ha sido planteado asimismo para el caso de Argentina, en este tipo de literatura la ecuación dominante es en realidad progreso=comunicación, un binomio analógico que por sus implicaciones merece más reflexión dentro de una historia de los conceptos fundamentales de la modernidad en América Latina (González, 2009, 411)³.

³ Llegaba incluso a definir con esa retórica el federalismo como “reunión legal de provincias diseminadas en una vasta región, aisladamente, pero ligadas por la simpatía de la vecindad, el origen, el idioma, los usos y la religión, y aún por los hábitos e influencia del

Abundancia y frustración

Pues este marco discursivo llegaría a condicionar las disputas entre proteccionistas y librecambistas tan propias de la época del liberalismo. En las nuevas repúblicas latinoamericanas este debate estaría mediado por el sordo intercambio entre dos modelos de concepción de la creación de riqueza: uno clásico estricto, basado en la relación entre capital y renta, y otro que como mínimo incorporaba otras fuentes de riqueza o variables para su cuantificación y valoración, empezando por las que ofrecía la geografía, así como las costumbres. En realidad, como veremos, entre estas últimas existía también una jerarquía. Y no puede decirse que cada concepción favoreciera un tipo de postura en el debate: el desacuerdo fundamental, según ha sido puesto de manifiesto, era imputable “al carácter cognitivo de la indagación sobre las causas de la riqueza” (Covarrubias, 2005b, 401). Es decir, al tipo de episteme que subyacía al empleo de las categorías de la economía política, tras de lo cual lo que se encontraba era la influencia del mito de la naturaleza abundante. Incluso en las posturas librecambistas más ceñidas a los postulados de la economía clásica, como es el caso de Juan Bautista Alberdi, la libertad de comercio era entendida como un designio que iba mucho más allá de la simple explotación de las ventajas comparativas: en sus palabras, “la libertad convenía esencialmente a las necesidades de la desértica República Argentina, que debe atraer con ella la población, los capitales, la industria de que carece hasta hoy con riesgo de su independencia y libertad”. La naturaleza obligaba en fin a construir una estructura económica desde cero, a traer todos los factores de producción de fuera, salvo la desbordante tierra.

En lo que había acuerdo generalizado entre las elites intelectuales era en la definición de nuevos derechos de propiedad sobre los recursos naturales que permitieran una asignación más

trato común y cierta legislación que, sin embargo de tanta homogeneidad, se consideran destacadas sucesiva y gradualmente por la distancia de un centro y, deseando mejorar su posición con una administración local inteligente que les asegure ciertos goces sociales en armonía con los progresos a que brinda su situación particular, sin aspirar a una separación absoluta ni dejar de auxiliarse mutuamente, convencidas de su debilidad para sostenerse aisladamente cada una de por sí” (Ortiz de Ayala, 1991 [1822] , 58-59).

eficiente, cuestión que, como en todas partes, abonaba el terreno para un encuentro entre liberalismo político y económico. La diferencia con la Europa coetánea es que en este caso dicho acuerdo se apoyaba sobre ese sustrato de la naturaleza como abundante, produciendo su propia deriva discursiva diferente a las culturas que asumían la escasez como dada. Lo que los liberales americanos —del norte tanto como del sur— compartían era una retórica del orden como precondition de políticas económicas liberales ortodoxas. Sin embargo, el convencimiento de que la riqueza derivaría de manera natural de su apropiación jurídica privada llevó en la práctica en la América del centro y sur a proveer a la propiedad de atributos cuasimágicos de civilización y progreso que favorecieron no sólo la exclusión de derechos políticos para la mayoría de los ciudadanos sino la desvalorización del trabajo y la fuerza de trabajo locales, algo que igualmente también afectó a su conceptualización como categorías⁴.

Esta mixtificación de la propiedad habría de tener asimismo efectos intelectuales. Es habitual señalar que la economía política producida en la América del centro y sur en el siglo XIX no fue de gran calidad, lo cual contrasta con unas políticas de libre comercio entonces entre las más abiertas a escala mundial. Esta paradoja es índice de hasta qué punto el mito de la abundancia podía frenar la innovación intelectual a pesar de que los autores locales se mantenían al día en la literatura teórica de procedencia europea.

Hoy día se asume que el *Ensayo político* de Humboldt —que por un lado consolidó la Economía Política poscolonial pero también vino a complejizar su oferta al alentar perspectivas ajenas a la escuela económica clásica— tuvo en países como México “un inmenso impacto sobre las percepciones públicas de la riqueza (...) no sólo en el interior del país sino en el ámbito internacional”

⁴ Ortiz de Ayala estaba convencido de que un buen sistema de derechos y obligaciones entre la administración y los ciudadanos que asegurase la producción para el comercio exterior convertiría a México en “un mercado general de cuanto se produce en la redondez del globo” cuando no en “el emporio del comercio del mundo antiguo y moderno” (Ortiz de Ayala, 286). Mixtificaciones semejantes se dieron asimismo en esa misma época en España (Sánchez León, 2007).

(Weiner, 2010, 72). De hecho, un efecto añadido de esta obra fue la veloz internacionalización del imaginario sobre la naturaleza abundante que contenía. Ello trajo consigo una auténtica fiebre de inversiones de capital extranjero en México y otros países, así como guerras y conflictos por los territorios, desde la guerra del Chaco a la invasión norteamericana de México. Esto permite aventurar la hipótesis de que tal vez el lenguaje más interesante para la historia de los conceptos de la economía en la América poscolonial se encuentra menos en los ensayos de economía política que en otros textos más institucionales, como los tratados de comercio que apuntaba Cardenal y otros documentos jurídicos relacionados con la administración, que iluminan mejor los usos convencionales de los conceptos fundamentales de la economía.

Sea como fuere, lo cierto es que desde mediados del siglo XIX el mito de la abundancia se había convertido en un sustrato cultural compartido del que las elites intelectuales estaban cada vez menos en condiciones de distanciarse críticamente. La fase siguiente consistió en su popularización por otros vehículos no siempre lingüísticos o léxicos, como la pintura. Es el caso de la bastante estudiada obra de Frederic Church (1825-1900), un pintor norteamericano cuyos cuadros naturalistas representan la desbordante naturaleza de América y su biodiversidad, y en la que el impacto humano prácticamente desaparece. Lo interesante de esta pintura es que podía ser vista como representación de la realidad, es decir, como obra de divulgación científica más que estrictamente artística (Manthorne, 1989, 55).

La hibridación entre la vieja imagen colonial de la abundancia de raigambre teológica y la moderna fundamentación científica producía algo que iba más allá de la simple conceptualización: daba pie a una convención tan constitutiva como influyente sobre la dinámica de la modernidad latinoamericana en su conjunto. Gootenberg concluye su estudio sobre el discurso de la economía política en el Perú del siglo XIX achacando la especialización en el guano a que las élites y parte de la población emprendedora vivían bajo el “intoxicante espejismo de la riqueza” alcanzable por la simple

puesta en valor de las materias primas en el mercado internacional (2006, 206). No sería éste sin embargo el único efecto pernicioso de esta “metáfora metaconceptual” subyacente a todo discurso de la época.

No hay apenas tiempo en estas páginas para entrar en toda otra dimensión de esta cuestión que tenía justamente el signo contrario: la creciente imputación a la naturaleza desbordante de los males y defectos morales de la población que vivía en ella. Recuperando una vieja tradición discursiva que desde la época de la conquista identificaba el Nuevo Mundo con un falso paraíso plagado de trampas que podían acabar con la virilidad llevando al traste toda la empresa colonizadora (Cañizares-Esguerra, 2008) —imagen renovada y reconducida en el siglo XVIII por autores ilustrados desde Montesquieu al conde de Bufon, el abate Raynal o Cornelius de Pauw—, desde temprano los autores poscoloniales desarrollaron todo un discurso determinista puesto en circulación cada vez que el horizonte de expectativa de la riqueza por la abundancia puesta en valor parecía frustrarse.

Las citas serían aquí innumerables, desde el propio Alberdi, pasando por Euclides da Cunha o Aluizio de Azevedo en Brasil, Carlos Monge o Jaime Mendoza en Bolivia y muchos otros en los distintos países de Iberoamérica, de los que aquí recupero un ejemplo de fecha tan tardía como 1934. En palabras del autor portorriqueño Antonio Pedreira:

El clima nos derrite la voluntad y causa en nuestra psicología rápidos deterioros. El calor nos madura antes de tiempo y antes de tiempo nos descompone. De su enervante presión sobre los hombres surge nuestro temperamento nacional (Pedreira, 1934, 57).

Es de sobra sabido que este tipo de discurso favoreció una fundamentación científica del racismo, especialmente en relación con las poblaciones locales indígenas; lo que no suele ser subrayado con suficiente énfasis es que dicha deriva intelectual estaba inserta en la convicción de que, a diferencia de la América del Norte, en la

América poscolonial española incluso la población era —salvo en el cono sur— también un recurso abundante en cantidad. El problema del indio no era su escasez sino su irrelevancia, cuando no su inadecuación rayana en la condición de obstáculo a la promoción de la riqueza debido a los efectos imputados al clima y la geografía sobre su condición moral y su capacidad de agencia⁵.

Pero si el indio podía ser despreciado cuando no ninguneado, lo era porque estaba previamente invisibilizado por el mito de la abundancia natural, literalmente aplastado o sepultado por ella, y era esto lo que lo volvía susceptible de erradicar de un entorno prístino que venía a manchar con su presencia, justificando su expropiación en nombre del progreso capitalista y su exterminio o sustitución por inmigrantes europeos dotados de cualidades más adecuadas a la transformación de la naturaleza en riqueza. Esta manera de enfocar el asunto pone sobre la pista de cómo el mito de la abundancia se sitúa en la base no sólo del lenguaje de la Economía Política en la América poscolonial sino de todas las Ciencias Sociales en la modernidad latinoamericana. Con su puesta al servicio de diagnósticos en clave socio-cultural, el mito de la abundancia se iría no obstante transformando.

IV.

En 1902, Carlos Díaz Dufoo afirmaba en su ensayo sobre la evolución industrial de México que el “error más grande” de Agustín de Iturbide y los forjadores de la independencia política del país había sido proclamar que México “es el país más rico del mundo” (*cit. par* Weiner, 2004, 69). Esta queja se producía tras la generalizada

⁵ Incluso en los más benignos retratos del indígena, la naturaleza aparecía forzando su dispersión geográfica, interpretación que está en la base de toda una literatura sobre colonización interior y urbanización. En palabras de Simón Bolívar: “los moradores tienen habitaciones campestres y muchas veces errantes, siendo labradores, pastores, nómadas, perdidos en medio de los espesos e inmensos bosques, llanuras solitarias y aisladas entre lagos y ríos caudalosos” (1815).

constatación de que medio siglo de libertad de comercio y economía volcada hacia la exportación no sólo no había enriquecido al conjunto de la población sino que había aumentado la influencia del capital privado y de los intereses de estados terceros, exteriores a la América poscolonial, sobre la República de México. Paradoja entre las paradojas, el liberalismo económico más acabado daba paso con el fin de siglo a una literatura, no sobre la riqueza, sino sobre la pobreza de las naciones.

La frustración del horizonte de expectativa inserto en el mito de la abundancia traería consigo una nueva agenda política y con ella nuevos conceptos y otros viejos reinterpretados en nuevos contextos y definidos con nuevos referentes. En este rápido esbozo de cómo el concepto o metáfora conceptual de la abundancia vino a funcionar como la categoría englobadora de toda la economía política del siglo XIX poscolonial, conviene recordar que no faltaron las voces críticas que subrayaron que semejante mito era un lastre para el progreso de las repúblicas independientes iberoamericanas. Tan pronto como en la década de 1820, Lucas Alamán se quejaba en su *Historia de México* de las peligrosas consecuencias políticas y morales que, de divulgarse en exceso, podía acarrear el pormenorizado recuento de las riquezas naturales efectuado por Humboldt. Esta letanía, que se repetiría en otros autores mexicanos y de otros países, era no obstante menos un ataque al concepto de abundancia y más la expresión de la culminación de su proceso de conceptualización. Tras ella permanecía incólume la mitificación de unas riquezas prístinas que, en palabras de Alberdi, “como naturales que son, no pueden ser destruidas por ningún poder humano: ni por los malos gobiernos ni por las maniobras envidiosas de sus vecinos” (Alberdi, 1916, 375).

Esta frase pone sobre la pista de la evolución que experimentaría el concepto de abundancia a lo largo del siglo XX, época en que el problema central pasará a ser uno que apenas había producido disputa en la etapa anterior una vez lograda la independencia: la propiedad. Puesto que la abundancia no se traducía con facilidad en riqueza y era de hecho fuente de creciente desigualdad, este problema se empezaría a achacar a que en realidad los ciudadanos de las

repúblicas iberoamericanas no eran plenamente dueños de sus recursos naturales, no los tenían realmente apropiados. La creciente influencia de intereses extranjeros favorecería esta reinterpretación del mito, presentado como diagnóstico para acometer nuevas políticas nacionalizadoras. La riqueza latinoamericana, se concluía, venía siendo expropiada: primero lo fue por los españoles, luego por las potencias extranjeras o unas oligarquías carentes de espíritu nacional. Sólo había una alternativa, la reapropiación de lo propio y su puesta al servicio de las necesidades de modernización internas a cada país.

Este metarrelato acompaña el auge de fenómenos institucionales de gran calado como la creación de la CEPAL, y hunde sus raíces en otros no menos relevantes como la relectura en clave marxista de la tradición de la Economía Política del siglo XIX, que sería caldo de cultivo para una versión tan *sui generis* del materialismo histórico como la que de manera directa o indirecta conforma la boyante literatura de la teoría de la dependencia. Con ello la ciencia de la economía seguiría siendo en Iberoamérica esencialmente economía política, algo que puede incluso predicarse del discurso del neoliberalismo que ha venido a suplantarle en el cambio de milenio.

Este giro discursivo traería consigo importantes transformaciones conceptuales, derivadas ahora de la centralidad adquirida por el concepto de desarrollo. Este ha sido sometido en los últimos años a un análisis cultural distanciado, aislando las profundas cargas valorativas que lo atraviesan (Rist, 2002). Queda aún sin embargo por aplicar este tipo de enfoque al discurso dependientista, lo cual implica hacerlo más bien con su contraconcepto asimétrico, el de *subdesarrollo*, de enorme popularidad en la Latinoamérica posbélica, tratando de paso de aislar hasta qué punto subyace a él el imaginario de la abundancia natural susceptible de convertirse en riqueza, sólo que ahora complicado por la refracción que se imputa a instancias nacionales e internaciones de diverso tipo que reproducen la dependencia y el atraso.

Al igual que sucedió con la economía política del siglo XIX, es posible argumentar que la del siglo XX ha estado tan presidida por un poderoso mito de la riqueza al alcance de las colectividades cuanto por

profundos desacuerdos acerca de cómo llegar a hacerla realidad. Tras la frustración del horizonte de expectativa liberal vendrá así también la decepción que acompañó a las políticas implantadas en nombre del desarrollo en la segunda mitad del siglo XX, conforme las posibilidades de modificar las estructuras de la propiedad convirtieron a América Latina en el más importante laboratorio de la política moderna aun sin lograr alcanzar el sueño colectivo de la riqueza y su reparto equitativo. En medio de todo ello se producirán también de nuevo diagnósticos de carácter moral que intentarán explicar esa tendencia, ya de largo plazo, al fracaso, convertido éste, en fin, en todo un espacio de experiencia cultural idiosincrático (Gootenberg, 2000).

Más que explicar, las acusaciones contra la cultura latinoamericana de fomentar la “fracasomanía” —o, por seguir el enfoque de Albert O. Hirschmann, su tendencia a una “*rage de vouloir conclure*” o premura por acabar de una vez con todos los problemas imputados al atraso y el subdesarrollo (Hirschmann, 1973)—, es decir, la recurrente reorientación radical de las políticas económicas sin reconocer un valor suficientes a las experiencias anteriores, haciendo en cada contexto nuevo *tabula rasa* de las herencias recibidas, lo que hacen es poner sobre la pista de una ambición profundamente arraigada en la cultura moderna desde la independencia e incluso la etapa colonial. Se trata del convencimiento de que, una vez debidamente apropiada, el Nuevo Mundo se convertirá en un vergel, un paraíso natural por fin domesticado por la mano del hombre y puesto al servicio de sus necesidades materiales y morales, que resolverá todos los problemas de pobreza y atraso, así como todas las sensaciones acumuladas de fracaso. Conviene no perder de vista que tras esta imagen subyace una noción de apropiación que no remite sólo ni en primer término a cuestiones de tipo jurídico o político sino de corte esencialmente cognoscitivo y moral. Por ser más preciso, lo que define la cultura moderna en la América poscolonial ha sido y es la radical imbricación de una dimensión y la otra, la apropiación material y la epistemológica, a una escala incomparable en otras culturas modernas.

Abundancia y frustración

Cuando Simón Bolívar se aventuraba a predecir el futuro que aguardaba a las nacientes repúblicas americanas, aseguraba que “aunque una parte de la estadística y revolución de América es conocida, me atrevo a asegurar que la mayor parte está cubierta de tinieblas”. Ponía así en igualdad los problemas de información sobre el medio natural y de comprensión de los fenómenos políticos y sociales. Y también lanzaba un órdago: “¿Quién será capaz de formar una estadística completa” de la riqueza potencial del Nuevo Mundo? En realidad, lo que la modernidad poscolonial ha hecho ha sido, sobre la necesidad de lograr ese objetivo, dificultar enormemente el consenso acerca de cómo lograrlo, hibridando cada vez más el problema de la estadística, es decir, el del conocimiento de la naturaleza y la sociedad, con el de la transformación de la sociedad y la naturaleza, es decir, el de la reforma y la revolución. Una historia conceptual de la economía latinoamericana en el siglo XX y hasta la actualidad puede encontrar un importante filón reflexivo en este conflicto entre unos fines telúricamente preconfigurados —el desarrollo como meta innegociable derivada del imperativo de una naturaleza feraz que insta a su explotación en beneficio de las necesidades del hombre— y unos medios sometidos a permanente reorientación política y reevaluación crítica, es decir, a una disyuntiva sobredeterminada entre orden y revolución, continuidad y cambio. Pero a este asunto conviene dedicar un texto programático específico.

Este ensayo continúa en una segunda parte:

Apropiación y desencanto. Por una historia conceptual de la economía en la modernidad latinoamericana (II).

REFERENCIAS

ACOSTA, José de (1590), *Historia natural y moral de las Indias* (www.cervantesvirtual.com).

AGAMBEN, Giorgio (2008), *El Reino y la Gloria. Una genealogía teológica de la economía y el gobierno*, Madrid, Pre-Textos.

ALBERDI, Juan Bautista (1852), *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, Buenos Aires.

—(1989) [1878], “Las crisis en Sud-América”, en L. Anastacia y V. Villegas (eds.), *Estudios económicos de Juan Bautista Alberdi*, Munich, Fundación Juan Seidel, pp. 60-78.

—(2001) [1869], *La guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Intercontinental.

ALLENDE, Salvador (1971), “Cómo saldremos del subdesarrollo”, en *La vía chilena al socialismo. Discursos de Salvador Allende*, Madrid, Fundamentos, pp. 61-70.

ANÓNIMO (1833) [1809], *Memoria de los abonos, cultivos y beneficios que necesitan los diversos valles de la provincia de Caracas para la plantación de café*, Caracas, Imprenta de Tomás Antero.

BOLÍVAR, Simón. (1815), “Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla [Henry Cullen] (“carta de Jamaica””, <http://www.analitica.com/bitblo/bolivar/jamaica.asp>.

BRUNNER, Otto (1976), “La “casa grande” y la económica de la vieja Europa”, en *Nuevos Caminos de la historia social y constitucional*, Buenos Aires, Alfa, pp. 87-123.

Abundancia y frustración

CAÑIZARES-ESGUERRA, Jorge (2008), *Católicos y puritanos en la colonización de América*, Madrid, Marcial Pons.

CARDENAL, Ernesto (1975), “Epitafio para Juan Pasos”. <http://inquietaycuriosa.blogspot.com.es/2010/07/epitafio-para-joaquin-pasos.html>.

CEVALLOS GARCÍA, Gabriel (1960), *Visión teórica del Ecuador*, Quito, Secretaría General de la XI Conferencia Interamericana.

COVARRUBIAS, J. E. (2005), *En busca del hombre útil. Un estudio comparativo del utilitarismo neomercantilista en México y Europa, 1745-1833*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

—(2005b), “Economía política y administración en México: dos formas de entender la situación económica del país, 1804-1842”, en R. Pieper y P. Schmidt (eds.), *Latin America and the Atlantic World. Essays in Honour of Host Pietschmann*, Colonia/Weimar/Viena, Böhlau, pp. 387-402.

FABER, Daniel. (1992), *Environment under Fire: Imperialism and the Ecological Crisis in Central America*, New York, Monthly Review Press.

FERNÁNDEZ LÓPEZ, Manuel. y ORELLANA, Danaide. Rosa del Valle (2000) [1984], “Manuel Belgrano y las máximas de Quesnay”, *Revista de Economía y Estadística*, 1, pp. 83-124.

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier (dir.) (2009), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. I: La era de las revoluciones, 1750-1850*, Madrid, Fundación Carolina-SECC-CEPC.

—(2014), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. II: Conceptos políticos fundamentales, 1770-1870*, Madrid, CEPC.

GADE, Daniel. W. (1999), *Nature and Culture in Los Andes*, Madison, The University of Wisconsin Press.

Pablo Sánchez León

GONZÁLEZ, Betina. (2009). “La geografía como destino: Juan Bautista Alberdi y la monstruosidad brasileña”, *Revista Iberoamericana*, 227, pp. 399-415.

GOOTENBERG, Paul (1993), *Imagining Development. Economic Ideas in Peru's "Fictitious Prosperity" of Guano, 1840-1880*, Los Angeles y Berkeley, University of California Press.

—(2000), “Hijos of Dr. Gerschenkron: “Latecomer” Conceptions in Latin America Economic History”, en M. A. Centeno y F. López-Alves (eds.), *The Other Mirror. Grand Theory through the Lens of Latin America*, Princeton, Princeton University Press, pp. 55-80.

HEILBRONER, Robert y MILBERG, William. (1995), *The Crisis of Vision in Modern Economic Thought*, Cambridge, Cambridge University Press.

LATOUR, Bruno (2007), *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*, Buenos Aires, Siglo XXI.

LLUCH, Ernest. (1984), *Acaecimientos de Manuel de Belgrano, fisiócrata, y su traducción de las “Máximas generales del gobierno económico de un reyno agricultor” de François Quesnay*, Madrid, Cultura Hispánica.

MANTHORNE, Catherine E. (1989), *Tropical Renaissance: North American Painters Exploring Latin America, 1839-1879*, Washington, Smithsonian Institute.

MCCLOSKEY, Donald (1992). *La retórica de la economía*, Madrid, Alianza.

MILLER, Shawn. W. (2008), *An Environmental History of Latin America*, Nueva York, Cambridge University Press.

MONTECINOS, Veronica. y MARKOFF, John. (2000), “From the Power of Economic Ideas to the Power of Economists”, en M. A. Centeno y F. López-Alves (eds.), *The Other Mirror. Grand Theory through the*

Abundancia y frustración

Lens of Latin America, Princeton, Princeton University Press, pp. 105-150.

ORTIZ DE AYALA, Simón Tadeo (1991) [1822], *Resumen de la estadística del Imperio mexicano*, México, Nueva Biblioteca Mexicana.

PAGDEN, Anthony (1987), “Dispossessing the Barbarians: The Language of Spanish Tomism and the Debate over the Property Rights of the American Indians”, en A. Pagden (ed.), *The Languages of Political Discourse in Western Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 79-98.

PALTI, Elias (2007), *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*, Buenos Aires, Siglo XXI.

—(2011), “Ideas, conceptos, metáforas. La tradición alemana de historia conceptual y el complejo entramado del lenguaje”, en J. Fernández Sebastián y G. Capellán (eds.), *Conceptos políticos, tiempo e historia. Nuevos enfoques en historia conceptual*, Santander, Mac-Graw Hill/Universidad de Cantabria, pp. 31-60.

PRATT, Mary Louise (1992), *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*, Nueva York, Routledge.

PEACH, James T. y DUGGER, William. M. (2006), “An Intellectual History of Abundance”, *Journal of Economic Issues*, 40/3, pp. 693-706.

—(2009), *Economic Abundance: An Introduction*, Nueva York, Sharpe.

PEDREIRA, Antonio S. (1934), *Insularismo*, San Juan de Puerto Rico.

PERLMAN, Mark y MCCANN Jr, Charles R. (1998), *The Pillars of Economic Understanding: Ideas and Traditions*, The University of Michigan Press.

Pablo Sánchez León

RIST, Gilbert (2002), *El desarrollo: historia de una creencia occidental*, Madrid, La Catarata.

ROBERTSON, Robbie (2007), *Tres olas de la globalización. Historia del auge de una conciencia global*, Madrid, Alianza.

SÁNCHEZ LEÓN, Pablo. (2007), “La pesadilla mesocrática: ciudadanía y clases medias en la España liberal”, en Manuel Pérez Ledesma (ed.), *De súbditos a ciudadanos: la construcción de la ciudadanía en la España contemporánea*, Madrid, CEPC, pp. 135-164.

SÁNCHEZ LEÓN, Pablo e IZQUIERDO MARTÍN, Jesús (2002), “L'autismo della microeconomia: per un'ermeneutica non utilitarista nella storia agraria”, *Meridiana*, 45, pp. 179-197.

SCHABAS, Margaret (2005), *The Natural Origins of Economics*, Chicago/Londres, The University of Chicago Press.

TALAMANTES, Melchor de (2009) [1808], “Lo que conviene a las Américas, estar siempre bajo la dominación española”, en *Escritos póstumos*, México, UAM, pp. 207-222.

TERESA DE MIER, Servando (1944). *Escritos inéditos*, Mexico, Colegio de México.

TRIBE, Keith (1995), “Cameratism and the Science of Government”, en *Strategies of Economic Order. German Economic Discourse, 1750-1950*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 8-31.

WEINER, Richard (2004), “El declive económico de México en el siglo XIX: una perspectiva cultural”, *Signos históricos*, 12, México, UAM (Iztapalapa), pp. 69-93.

—(2010), “The “Scramble for Mexico” and Alexander von Humboldt’s *Political Essay on the Kingdom of New Spain*”, *World History Connected*, http://worldhistoryconnected.press.illinois.edu/7.3/weiner.html#_edn23.

Abundancia y frustración

WOOD, Ellen M. (1981), "The Separation of the Economic and the Political in Capitalism", *New Left Review*, 127, pp. 66-95.

YOUNG, Jeffrey T. (1997), *Economics as a Moral Science: The Political Economy of Adam Smith*, Cheltenham, Edward Elgar.

ZIMMERER, Karl S. (1996), "Ecology as Cornstore and Chimera in Human Geography", en C. Earle, K. Mathewson y M. Kenzer (eds.), *Concepts in Human Geography*, Totowa, Rowman and Littlefield, pp. 161-188.

Si la economía es la ciencia que estudia la asignación de recursos escasos, ¿cómo habrá sido su despliegue en un horizonte cultural que concibe la naturaleza como abundante? Este ensayo de historia conceptual propone una tesis sobre la modernidad latinoamericana a partir del mito de la abundancia y sus efectos institucionales de largo plazo, que explican también las importantes aportaciones de la América poscolonial a la economía entendida como dimensión inseparable de la política.